

* * *

LA VIDA DE CALDAS COMO EJEMPLO DE LO
QUE HA SIDO HASTA AHORA LA CIENCIA
PARA EL PAIS COLOMBIANO

En el número pasado publicamos una carta inédita del sabio payanés, dirigida a don Antonio Arboleda, y que puede servir a manera de espejo purísimo en donde se refleja el alma de este colombiano ilustre. Y lo hicimos con el propósito de ir introduciendo al lector en el conocimiento íntimo de la historia de la Ciencia en nuestra Patria.

Es esta historia dolorosa y triste, pues aún no se ha visto cómo la opinión pública y los altos poderes del Estado puedan proteger, como es debido, el ejercicio más alto de la mente humana. Siempre lírico e imaginativo, nuestro país jamás ha pagado la menor atención al cultivo de las Ciencias, que han sido flores exóticas, incomprendidas y, a veces, hasta juzgadas con desconfianza y mala voluntad. Desde la muerte de Caldas hasta la desaparición de Garavito, menospreciado y pobre, todo ha sido en Colombia hostil a la Ciencia. Ejemplo de ello, el sacrificio del sabio payanés que antes de subir al cadalso imploraba de sus verdugos la merced de seis meses más de vida para poner en orden sus papeles y los de la Expedición Botánica.

Indignación causa aún la lectura de la carta que Caldas dirigió al feroz Enrile, y que es un grito de dolor pidiendo piedad, no para sí, sino para la cultura de su Patria. Hé aquí trozos pertinentes de este escrito:

“He levantado la carta de casi toda la parte meridional de la Nueva Granada, no sobre conjeturas, relaciones vagas o borriones ajenos, sino sobre medidas, rumbos, operaciones geométricas, determinaciones astronómicas de latitud y, sobre todo, de longitud, ya aprovechando los eclipses de luna y sol, ya las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter, ya los apulsos de las estrellas por la luna, ya las distancias lunares, ya los azimutes de la luna y ya por el tiempo y marcha de un cronómetro de Emery: tengo la satisfacción de haber fijado de un modo preciso la longitud absoluta y relativa de Quito, y de haber sacado, por decirlo así, de sus antiguos quicios a la carta de Nueva Granada: el meridiano del Observatorio de Santa Fe, la longitud de Popayán y la de otros muchos puntos del Reino, han sido determinadas: y, cuando preparaba la reforma de la Geografía de esta parte de la América, me sobrecogió la época triste de la revolución”.

“En la Geografía creo haber hecho progresos, y puedo decir a V. E. que han nacido en mi espíritu ideas nuevas y originales sobre las cartas geográficas, ideas que, dando un grado de interés a este género de producciones, las hacen más interesantes a las ciencias y a la sociedad...”

“En la Física he hecho algunos descubrimientos, que seguramente complacerían a V. E. El termómetro, las medidas con este instrumento, las mareas atmosféricas, la Meteorología ecuatorial, etc., han dado algunos pasos entre mis manos. ¡Qué dolor ver todo esto perdido con mis desgracias!... Pero, lo que más interesa y sobre lo que ruego a V. E. fije su atención, es sobre mis largos y numerosos trabajos sobre la Historia Natural. Destinado por el señor Mutis a la Provincia de Quito, recorrí esas regiones y colecté un herbario que ascendió a cerca de seis mil ejemplares de plantas ecuatoriales, que están depositadas en la casa de la Expedición Botánica. Este viaje me dio ocasión de comenzar a realizar una obra grandiosa titulada “*Phitografia Aequatorialis*” (Geografía de las plantas). Este era un corte del globo en el sentido del meridiano, pasando por Quito y abrazando 9° en latitud, 4° 30' al norte y 4° 30' al sur del ecuador. Esta obra, cuya idea pide un largo detalle, quedó iniciada, y yo tendré el honor de presentar fragmentos a V. E. Los volcanes y montes nevados de la Nueva Granada, el nivel de la nieve perpetua, los niveles de los valles y del continente de la Nueva Granada, la altura del mercurio en el mar, y sobre tantos objetos que me sería muy largo enumerar a V. E., forman otras tantas obras, cuyos pormenores y planes van a perecer con su autor, si V. E. no lo socorre”.

“El Sr. Mutis fue un sabio que más meditaba que escribía: y es un dolor ver tantas láminas preciosas sin los escritos que les corresponden. Este botánico conoció bien este vacío y resolvió llenarlo de esta manera. En 1805 me llama con rapidez de Quito, en donde me ocupaba de herborizar, medir y observar, y en la primera conferencia me explica sus miras, que eran de ocuparse seriamente en trasladar a mi espíritu todos sus descubrimientos y todas sus ideas. Tres años y medio gastó ese sabio en imponerme de su “Flora” y en comunicarme su ciencia botánica. Sus grandes ideas sobre la reforma del sistema, sobre sus apotologamas, sobre las “Quinas”, etc., sólo están depositados en mi corazón. ¿Qué dire a V. E. sobre mi grande obra intitulada “*Cinchona*”, en la cual la quina se presenta bajo de los aspectos más nuevos y grandiosos capaces de hacer honor a la Nación? Perdóneme V. E. que tome este estilo elogiador de mis cosas: no es la vanidad lo que me lo

inspira, es el deseo de que V. E. conozca lo que tiene encerrado mi corazón. Apenas puedo apuntar a V. E. mis ideas; pueda ser que tenga oportunidad de hacerlo con más reposo en esa capital (1).

El 28 del mismo mes, es decir, seis días después, estando Caldas preso en el Colegio del Rosario, se le tomó declaración sobre los puntos de que hablaba en su representación y volvió a ratificarse en ellos,

pidiendo solamente seis meses de plazo, para entregar dispuestos y arreglados todos sus manuscritos, con tal que para ello le pusieran en libertad, y esos seis meses de vida le fueron negados al hombre que como sabio, virtuoso e inocente, merecía vivir largos siglos en paz. Tenía entonces cuarenta y ocho años de edad.

* * *